EDUARDO FERNÁNDEZ RIVAS

**REFLEXIONES
EN TORNO
AL ATENTADO
DE EE.UU.**

“BOFETADA A LA SOBERBIA, ORGULLO Y PREPOTENCIA DE EE.UU.”

En mi opinión, y ya dejando a un lado la descripción de tan tremendos y devastadores atentados terroristas, puesto que ya nos han bombardeado estos últimos días con ello, con la clara intención de crear un estado de opinión favorable a una irracional respuesta bélica, diré lo siguiente: Existen grandes posibilidades para creer, que tanto el gobierno de EE.UU., como el presidente Bush, habrían sido advertidos de lo que iba a ocurrir en Washington y New York. Si así fuese, permitirían, al no darse por enterados, todo lo sucedido el martes día 11 de septiembre del año en curso. Los fines para consentir esta horrible tragedia, podrían ser muchos, sin embargo yo voy a centrarme en aquel que creo sería el más conveniente a los intereses de Bush y su gobierno.

Todos sabemos que el presidente en el día y hora de los atentados se encontraba justamente en el extremo sur del país, con muchos kilómetros de por medio. Esto es ya altamente sospechoso, y por ello digno de investigar. No hablemos de la extraña, y para mí, cobarde tardanza en hacer su aparición en los medios, y la evacuación de la Casa Blanca, antes del primer impacto.

Si estas cosas fueran así, debemos entender lo siguiente: un presidente que como éste haya alcanzado la dignidad máxima en su país, de la rocambolesca manera de como él la ha alcanzado, y que todos conocemos, sienta sus nalgas en el “trono imperial”, en situación altamente dudosa, precaria, y por lo tanto sin una autoridad presidencial firme.

Cuando estas cosas han sucedido en tiempos pretéritos, tanto aquellos personajes, como el de ahora, solían ser militaristas, o militares, en fin, tiranos autoritarios, quienes para asegurar su posición, hasta entonces tambaleante, buscaban, y buscan, un motivo para entablar una guerra cuyo final, ellos prevén acorde a sus intereses, ya que se la declaran generalmente a un supuesto enemigo, y por demás fácil de vencer. Con aquella victoria, y el beneplácito de una ciudadanía fácilmente manipulable, como en este caso sucede con la norteamericana. “El César” asentará sus reales posaderas en el trono, quien aclamado por unanimidad como George Bush I “Sóter” (El salvador de la patria), desfilará en triunfo, coronado de laurel, al igual que un cesar romano, un tirano, un dictador, por las avenidas de las grandes ciudades del país. Esto, creo yo, es lo que en su locura, pretende tan abominable personaje. Vive en una película, su inmadurez, fácilmente comprobada a través de su infantil y vacía mirada, ha sido alterada

sin remedio por los fastos con que Hollywood ha tratado a personajes históricos de ese estilo, elevándolos, sin un análisis histórico profundo, a la categoría de héroes y benefactores de la humanidad, cuando la verdad, es que representaban todo lo contrario. Un Alejandro Magno, un Julio César, por ejemplo, un militar de éxito, quien quiso imponer a la república de Roma la miserable institución de una monarquía imperial de ascendencia divina, al estilo egipcio y oriental. O bien un Napoleón, autocoronado, en su soberbia, emperador de Francia, y de todos los franceses. Pero ya sabemos cómo acabaron todos estos dictadores imperiales. Lo que vino después no nos concierne como para entrar en un análisis aquí. De todas maneras, habría que matizar, en este caso los laureles y los triunfos serían para Collin Powell, el general de todos los ejércitos. Este militar mismo se encargaría de suprimir al presidente. Él sería el aclamado por el pueblo.

Esto, en mi opinión es lo que muy bien ha podido pasar en EE.UU. El que un gobierno de este país, consienta en sacrificar a sus ciudadanos para luego justificar una guerra adecuada a sus intereses, no es novedad alguna. Existen precedentes que avalan esta tesis. Pensemos en la voladura del acorazado estadounidense, Maine, en Cuba a finales del siglo XIX. Años más tarde se dio la razón al argumento español que sostenía

que aquella tragedia había sido cometida por los mismos norteamericanos, inmolando las vidas de sus propios hombres por entrar en una guerra contra España que sabían ganada de antemano, y que les proporcionaría beneficios extraordinarios. No tuvieron en cuenta la ayuda que España prestó para que aquellas, todavía colonias británicas, consiguiesen su independencia y se convirtieran en EE.UU. Todavía podríamos continuar con ejemplos más cercanos. Ahora se ha demostrado que también conocían que Pearl Harbor iba a ser bombardeada. Lo permitieron, sacrificando de nuevo a sus propios ciudadanos con el fin de sacar la mejor tajada de la guerra, concluida ésta, con la aterradora devastación de Hiroshima y Nagasaki. Ejemplos como los anteriores podríamos aportar unos cuantos más, pero no es la misión de las reflexiones del presente trabajo, solamente han sido utilizados estos ejemplos con el fin de argumentar mi conjetura.

Algunos personajes de estas características, desde la más remota antigüedad, solían hacerse desaparecer por incómodos, tanto para unos como para otros. A un faraón que molestaba, aun siendo el mismo dios vivo, se le apartaba, se le quitaba de en medio, primero, con motivo de alguna extraña, pero no grave enfermedad, dejaba de aparecer en público y en los actos oficiales durante el tiempo necesario, con el fin de evitar sospechas,

luego, por desgracia, la supuesta enfermedad se agravaba, y en el momento adecuado se le suprimía, deshaciéndose de su divina majestad en una mesa de quirófano con una real trepanación, ¡El dios vivo ha muerto! ¡Viva el dios! Eso sí, los funerales serían adecuados a la dignidad del regio y divino difunto. Todo ello duraría el tiempo necesario hasta encontrar el sucesor adecuado. Y aquí señores, no ha pasado nada. Tal era la discreción y profesionalidad de aquellos verdugos, médicos y sacerdotes. Muchos problemas nacionales y de carácter internacional, desaparecían con él. La paz volvía a reinar. El orden se fortalecía. Y sobre aquellos grupos fanáticos que desestabilizaban el sistema, caería de otra manera más inteligente y racional todo el peso de la justicia.

Digo estas cosas porque creo que debido a su comportamiento en este asunto, el presidente Bush puede, en un futuro muy próximo, atraer y sufrir un tremendo y fatal atentado. Su vida corre peligro. No hay que olvidar, por otro lado, que los gobiernos de EE.UU. se han granjeado los odios del mundo islámico en general, y de algunos países de aquel ámbito, en particular. El mundo musulmán, por ello, desea su muerte, y que con ella desaparezca la soberbia de Norteamérica. ¿Y sus aliados?, de ellos, diremos también, que deben considerarle un socio extremadamente molesto, ya que pretende arrastrarlos a una guerra que solo

beneficiará a los norteamericanos, nunca a Europa. Quizás algunas migajas, vamos, miserias, sería lo más que nos tocaría en el reparto del botín. Por ello existen asimismo posibilidades de que el presumible atentado que sufriría el presidente Bush, no vendría solo del mundo islámico, sus aliados podrían, aun sin intervenir directamente en el asunto, permitir con su silencio, y mirando hacia otro lado, el trágico y luctuoso hecho. Sin duda sería realizado además, por un ciudadano (W.A.S.P), norteamericano sin ninguna connotación islámica, o de otra índole sospechosa, con lo cual EE.UU. no podría buscar enemigo fuera de su territorio. La paz quedaría asegurada de nuevo por largo tiempo.

Concluyendo, diré: como no había de ser menos, que siento un profundo dolor por las víctimas de los estremecedores atentados del martes día 11 en New York y Washington, pero también comparto el mismo dolor y sufrimiento por los que han padecido y padecen en otras latitudes. Decenas de miles de personas inocentes, que en aquellos países han sido bombardeadas y aniquiladas por la feroz y devastadora máquina de guerra de los EE.UU. Los bloqueos crueles e injustos, que este país y sus gobiernos practican, contra países pobres y con sistemas de corte feudal, o que sencillamente no piensan como ellos, no pueden quedar sin respuesta. Los americanos en ge-

neral, por supuesto existen excepciones, no poseen un mínimo sentimiento de constrictión por los que sufren las consecuencias de la nefasta política exterior de sus gobiernos, con un ánimo de una desconsideración tal, que hace estremecerse las carnes del más pintado. Con ellos, con esa pobre gente, me siento asimismo solidario en su sufrimiento más profundo.

Por esto y por otras muchas cosas, ese país norteamericano y sus gobiernos, han generado y acumulado un odio tal en los corazones de los más desgraciados y desafortunados del planeta, que además son mayoría, como para desear ir por ellos de la manera que sea o puedan. No olvidemos que algunos atentados son producto de la más extrema desesperación, insertas sus ideas, por supuesto, entre las redes perniciosas y destructivas de cualquier fundamentalismo religioso. No olvidemos la sinrazón de las Cruzadas, la espada cristiana y la cimitarra del Islam destrozándose y aniquilándose de manera feroz y vesánica, en nombre de un dios de paz y amor, ¡Qué horrible incongruencia! La cosa continúa, el culebrón divino y sangriento está servido.

Las baladronadas y marrullerías del presidente Bush en estos últimos días no ayudan nada a su seguridad, ni a la del planeta. Alguien debe detener la locura bélica de este heredero de la guerra del “Golfo” desatada por su padre y Collin Po-

well, de nuevo este último, repuesto como capitán general, con poderes militares indiscutibles. Señores, en mi opinión hay que detener esta locura. Además no existe enemigo declarado. Ningún país ha declarado la guerra a nadie. Ha sido un atentado; que se busque a los culpables todavía vivos, si los hay, y que paguen su culpa con una pena adecuada a su crimen, pero de ninguna manera se puede permitir una escalada bélica en los términos que este presidente exige. La sofisticada y devastadora tecnología armamentística actual no conviene a nadie el que se ponga a trabajar. Él ponerla en funcionamiento, sin duda, habría de ser algo apocalíptico.

Si alguien quiere experimentar con cosas tan tremendas, ya saben, los experimentos en casa y con gaseosa.

EDUARDO FERNÁNDEZ RIVAS, 17-9-01
e-mail: EDUFERRIVA@grupobbva.net

FIUNCHEDO Nº 13, 15160 - SADA - A CORUÑA